

Christian Bobin: *Las ruinas del cielo*

Edit. Sibirana, Zaragoza 2012, 134 pp., ISBN 978-84-939600-3-2
Traducción de Andrés García Inda y María José González Ordovás

Jorge Sanz Barajas

Profesor de Literatura Española. Colegio «El Salvador» (Zaragoza)
E-mail: jsanz@jmes.es

Leer un libro de aforismos requiere una música mental, una frecuencia completamente distinta a la narrativa. Uno debe estar preparado para esquivar al león que salta o cobijar al gorrión que se esconde. Cada frase puede esconder una explosión detrás de un determinante o un abismo bajo un adjetivo. No puede uno tratar de intuir lo que vendrá o hacia dónde se dirigen los hechos porque no hay hechos que valgan, sino palabras que vuelan, ideas libres, sin costuras ni engranajes, sin trampa ni cartón, sin tablas o diablas, sin decorados, escenarios o imaginérricas. Sólo palabras zascandileando unas tras otras como duendecillos indomables.

En los libros de aforismos hay otro orden establecido de las cosas; los aforismos no permiten el discurso: lo cortan. Pensar y discurrir, decía José Bergamín, son cosas distintas: «El manantial piensa, el arroyo discurre»; el pensamiento es radical, surge de lo profundo y brota sin compromisos, cortapisas o caminos; es imposible canalizarlo

hacia ninguna dirección porque su dominio es libre, es «liebre que salta» (decía J. B.). Su sentido es volver a algún pozo profundo que lo devuelva a su sitio: la raíz. «Discurrir es huir del pensamiento». Por eso hay autores que necesitan expresarse en fragmentos que cristalizan de inmediato en cuanto salen de la pluma al papel.

Christian Bobin es uno de esos escritores que mira el pasado con ojo de águila; donde otros ven ruinas de un mundo que se fue, él ve los destellos de un tiempo que comienza. Por eso dice que el gran mal del siglo es el desencanto y el mayor pecado que se puede cometer es el desfallecimiento

El libro de Christian Bobin, *Las ruinas del cielo*, publicado en francés por Gallimard en 2009 y traducido por A. García Inda y M.^a José González Ordovás para la zaragozana editorial Sibirana tres años después, nos plantea un tema candente –¿es posible encontrar entre los despojos de la sociedad actual algún signo de resistencia y de vi-

da digna?— en una forma fragmentaria, aforismos que se clavan en el pensamiento como un dardo ardiente. En el pequeño volumen de exquisita edición hay un orden desordenado, un intuitivo itinerario entre despojos, ruinas y fragmentos. En las líneas se entrecruzan episodios de la vida de Angélique Arnauld, abadesa de Port Royal, de Jansenius, de Pascal, del abad de Saint Cioran, Racine, Emily Dickinson, ligados a percepciones de la realidad del propio Christian Bobin frente a un cuadro de Vermeer o Rembrandt. Entre las líneas el lector cree escuchar los pasos quedos de un gato negro, los saltos de una ardilla, una máquina de coser, un plato de limones, la fragilidad efímera pero firme de la luz a través de una ventana, el ir y venir de unos gorrones errando por el jardín. Detrás de las líneas, los restos del naufragio de la modernidad toman forma en la playa de la poesía de Bobin: su manera de habitar el mundo en medio de la tempestad consiste en escribir aforismos como Pascal, Nietzsche, Benjamin o Cioran.

Pero vayamos al origen: cuando Luis XIV decidió arrasar en 1709 el monasterio de Port Royal, no dejar piedra sobre piedra, regalar las lápidas de su cementerio a los posaderos locales para que construyesen las mesas con su már-

mol, arrojar los huesos a una fosa común y suprimir cualquier resquicio de su memoria, el mundo recibió en herencia un ejemplo de resistencia. De cuando en cuando, el autor vuelve al presente para mostrar las huellas del desencanto, las heridas de un mundo que dejó de creer en los milagros. Christian Bobin ha escrito un libro de reducidas dimensiones pero de factura implacable. Apenas ciento treinta y cuatro páginas que albergan aforismos hirientes como una puñalada de navaja andaluza. De Bobin se puede decir que es un hombre excepcionalmente normal, que vive en una singular contigüidad con lo sagrado, que es capaz de ver donde nadie se había detenido a mirar y cuyo objetivo radica en restañar los finos hilos que unen al hombre con el mundo y con su esencia.

Existe en este libro una pedagogía de la mirada: aprender a ver lo que no se puede ver es algo que está reservado a ojos infantiles. Viene a la memoria un delicioso cuentecito suyo titulado *El té sin el té* en el que dos niños celebran la ceremonia de tomar el té, y el deseo hace humear las tazas. Hasta qué punto la imaginación puede llegar a ser constructiva o destructiva, eso quién lo sabe. Milena Agus se planteó la misma pregunta antes de ponerse a escribir su celebrada novela *Mal de piedras*. A Pascal le

sucede algo parecido: «Creyó toda su vida ver un abismo en su lado izquierdo. Eso le producía vértigos y a veces hacía poner una silla en ese lado para asegurarse. Conocía su problema imaginario pero no podía evitar sentirlo». De ese pozo angustioso brotó el silencio de los espacios infinitos. Junto a la destrucción y a la ruina nace la construcción. El hilo que guía estos aforismos está hecho de ese silencio infinito.

Otro de los temas abordados por Bobin en esta compilación es la mirada. El acento no se pone tanto en el objeto como en el ojo que mira al objeto. Bobin plantea que, si el objeto no muta, lo hace mutar la mirada que cae sobre él. Los cuadros de Rembrandt o Vermeer asombran por la luz que el artista deposita sobre la escena, pero esa luz puede verse no solo ahí, sino también en los ojos de quien contempla el cuadro. Algo parecido sucede en el relato del escritor zaragozano José María Conget, *La mujer que vigila los Vermeer*: quien vigila la sala del pintor holandés no mira los cuadros, sino el asombro en los ojos de la gente que los contempla. La capacidad de sorpresa produce el encantamiento, pero es precisamente la facultad que hemos perdido en un mundo dominado por el desencanto. Hemos olvidado las ligaduras que unen lo presente con lo ausente;

habitamos un mundo en el que el pasado no tiene nada que decir y el presente no está dispuesto a escuchar. Por eso dice Bobin que «los ojos de los pobres son ciudades bombardeadas». En la mirada del otro está la revelación ética más poderosa, en aprender a mirar cómo mira el otro, aprender desde su mirada. En ese sentido, donde aún puede hallarse el encantamiento es en la mirada de los niños, cuyos juegos son capaces de hacer humear esa taza de té inexistente. La infancia, dice Bobin, «resiste a todo. Ni siquiera la muerte podrá cerrar los ojos». Re-encantar la realidad significa dejarse mirar por el mundo, desengancharse de la razón instrumental, de la dialéctica sujeto-objeto: «La mitad del limón cortado en dos me mira con una franqueza asombrosa». Y qué decir de ese otro en que reconoce: «He levantado la cortina. El petirrojo me ha mirado con ese asombro puro que había en sus ojos negros. He dejado caer la cortina. Ya tenía bastante para el resto del día».

Es curiosa la vinculación de la literatura de Bobin con la del españolísimo Bergamín: hay un aforismo suyo que dice: «Hay que escuchar como quien oye llover, con la más profunda atención», y qué cercano a este otro de Bobin que reza: «La lluvia en andrajos golpea en el cristal. No pide gran cosa, sólo una mirada, dos en la infancia».

Rescatar el aburrimiento, la melancolía, el arte de «dar tiempo a tiempo», vivir la presencia atravesada de ausencia y el tiempo sin peldaños, ahí radica el arte de Bobin. Ese es el territorio donde habitan los libros que ama y cita en este volumen, como el poeta francés Jean Follain que resistió a las vanguardias y escribió una poesía limpia de prisas y modas, como Simone Weil, Charles Péguy, Kierkegaard, Pascal... Como tantos otros que no se dejaron arrastrar por el huracán de los relojes.

En los fragmentos que integran este precioso librito, vibra el bajo continuo de la música de Bach. Aparece citado de manera constante. Pero las frases de Bobin a menudo se asemejan al fraseo musical del maestro de Eisenach: la estructura de la fuga, la *ricercare* («rebuscar» en italiano) que hurga en el significado del compás, los silencios con los que a veces Bach deja entrever el vacío y el poder de la ausencia de sonido, recuerdan mucho a la manera en que Bobin construye sus aforismos: estructuras paralelas, paradojas o comparaciones inmediatamente después de la frase inicial, a las que sigue una breve pausa y una sentencia que cierra con un latigazo verbal el pensamiento. La mente de Bobin está tejida de música: sus ritmos verbales nacen de la realidad cotidiana, en la que es ca-

paz de encontrar una extensa paleta de tonos: «Mi madre tenía una máquina de coser cuyo mecanismo se ponía en marcha con un pedal y, una vez acabado el trabajo, se recogía basculante en el interior de un mueble barnizado. La misma máquina está metida en la música de Bach. Puede oírse en el aire en tintineo de las agujas de coser sobre la tela del silencio, mientras que los pies del ángel accionan rítmicamente el pedal. El trabajo de las madres, como el de Bach, refresca los templos de Dios y apacigua al diablo, ese pobre niño que de todo se aterroriza». Lo reconoce abiertamente en otro delicioso aforismo: «Los conciertos de Brandemburgo de Bach, un ejército de tapiceros que rehacen los papeles pintados de mi cerebro».

La escritura se convierte entonces en un arte de tejedores, que también es tejido el texto. Hay que escribir «como se talla una rama para extraer de ella la flecha que prometía. El lenguaje es una madera noble en la que hay que seguir las venas para darle, con sucesivos cortes, sin que se rompa, una transparencia de hostia». Escribir es reencantar la realidad y dirigir la mirada hacia el encantamiento: «La escritura es el dedo que señala el milagro». Escribir es «robar el anillo de oro de los esqueléticos dedos de la muerte»; significa ir aflojando los dedos de la mano de

nieve, pero viviendo la paradoja de sentirnos atravesados por la muerte, que se hará dueña del bajo continuo que sostiene nuestra vida: «En el segundo en el que la muerte cierra de un portazo el libro de la vida, ella penetra en su totalidad cada una de sus frases». La última palabra será de ella: «Las tumbas son las únicas palabras incontestables». Por eso, el amor debe ser escrito con huellas indelebiles: «La frase más cariñosa debe ser escrita con hacha».

La clave es la resistencia, que quizá se esconda en la fragilidad aparente, y que sin duda solo aprende quien contempla la extraordinaria reciedumbre de la naturaleza: «Un camión de treinta toneladas circula sobre margaritas que se enderezan en cuanto pasa». El desfallecimiento es el único pecado mortal, dice Bobin, de ahí su enamoramiento por: aquellas monjas que eran «puras como los ángeles, orgulosas como demonios».

Cuando Port Royal clamó en el siglo XVII por la posibilidad de que la gracia pudiera caer en cualquier ser humano, fuera cual fuera su condición social, esa magia divina podría atravesar las celosías de una ventana y conceder a cualquier hombre la salvación. El guante arrojado al rostro de París y Roma no pasó desapercibido y el Rey Sol,

un cuerpo de dientes podridos y piel devorada por las pústulas y la enfermedad, optó por cubrir sus cabellos con una tupida peluca y su alma con el desencanto. Bobin va deslizándose con habilidad una época sobre la otra, la nuestra, la que se empeña en arrojar capas de olvido y despojar de sentido la vida de los hombres. El Bien vive siempre en la paradoja de que «acaba siempre por perder, es su manera de ganar». Sus raíces están dotadas de una implacable determinación por el regreso, aunque la derrota sea el destino.

La poética de la contemplación, una nueva pedagogía de la mirada, la música latiendo bajo la palabra, descubrir lo ausente en lo presente, dejarse mirar por el mundo, no desfallecer, asombrarse ante la creación, aprender a ver en la ruina y el resto del naufragio un pilar y una vela, resistir habitando la alegría... Solo estas actitudes nos salvarán del desastre y nos devolverán el encantamiento. «Ahora que todo está construido, podemos por fin comenzar a pensar y a amar». Quien busque la verdad, descubrirá alguna veta en estas páginas: «La verdad es un ambiente: se abre un libro, se entra en un lugar y se sabe». No es mal lugar para penetrar en él, este libro; su lectura, a buen seguro, no le dejará indiferente. ■